

Querido D.,

te agradezco la carta que me has escrito y que tu maestra me ha hecho llegar junto con muchas otras cartas y saludos por parte de tus compañeros.

Me preguntas: “Pero, ¿a ti te gustan los impuestos?”.

Te contesto a partir de una experiencia personal.

El hijo de un querido amigo mío padece una grave enfermedad que le obliga a tener que ir a menudo al hospital: un día sí y otro no, para seguir complejos tratamientos y curas. Muchas veces surgen complicaciones por una cosa o por otra. La esperanza es que le puedan hacer un trasplante para sustituir el órgano enfermo con otro sano. Pero, mientras tanto, ¡con estas curas puede vivir! Claro, no como las demás personas. En especial, no puede tener un trabajo que le ocupe toda la jornada ni tampoco todos los días, como es lo normal. Y por eso no puede ganar lo necesario. Pero, a pesar de eso, hay una ley que prevé concursos para encontrar un puesto de trabajo que están reservados para quien sufre de discapacidad severa, y él ha ganado el concurso y ahora trabaja como todos los demás, pero con tiempos y modalidades particulares, adecuados a su situación. Además, el Municipio donde vive reserva a quien es portador de discapacidad algunos apartamentos de alquiler a bajo coste, y a él, a través de un concurso, le han asignado uno. Por último, en el periodo en que no trabajaba, estaba recibiendo una pensión de invalidez.

Como puedes imaginar, le ayuda la familia, por supuesto. Pero digamos la verdad: no es suficiente, se necesitan hospitales equipados, se necesitan médicos y enfermeros que estén cada día a disposición para garantizar todos los tratamientos necesarios y, además, para las intervenciones más urgentes. Y se debe estar preparado para intervenciones más complicadas en caso de necesidad, no solo en la ciudad donde vive, sino también en todas las ciudades italianas y en el extranjero.

Pues bien, todo eso cuesta mucho, y sin los impuestos pagados por los ciudadanos y sin que una parte de los impuestos sea asignada a la sanidad y se gaste bien, eso sería imposible. Como sería imposible disponer otras ayudas de diverso tipo: de la casa al trabajo, o ingresos que permitan que las personas que se encuentran en esas condiciones vivan, en la medida de lo posible, como todos los demás.

¿Es éste un caso aislado? Pero me pregunto, ¿cuántas vidas se salvan todos los días en los hospitales?

¿Cuántos niños van a la escuela todos los días?

¿Cuántos jóvenes van a la Universidad todos los días?

¿Cuántos incendios son apagados por los bomberos todos los días?

¿Cuántas calles se limpian, se iluminan, se controlan todos los días?

¿Cuántos inmigrantes que huyen de guerras y del hambre son salvados por la Marina militar?

Y así podríamos seguir.

Mira, yo mismo también me sorprendo de lo larga que es la lista que se podría hacer.

Y ten en cuenta que no se trata de casos excepcionales, sino de la vida de cada uno de nosotros, todos los días.

Claro, lo sé, los impuestos pueden ser demasiados y mal distribuidos, incluso injustos; los gobiernos pueden ser corruptos y robar, o bien ser ineficientes y no emplear bien los impuestos.

Y eso de verdad da mucha rabia porque los impuestos son un sacrificio para los ciudadanos, los pagan de sus propios bolsillos y los sustraen a gastos útiles y necesarios para ellos y su familia.

Pero esto depende del gobierno, ¡no de los impuestos!

Ahora bien, si “tiramos por la borda” los gobiernos incapaces, corruptos e ineficientes o que consideramos que son incapaces, corruptos e ineficientes, hacemos bien. La democracia y las elecciones existen precisamente para eso: para cambiar los gobiernos que consideramos que se comportan mal o, por el contrario, para confirmar los gobiernos que consideramos que se comportan bien. Y los ciudadanos pueden presentarse a las elecciones para defender las propias ideas.

Pero si, equivocando el objetivo, “tiramos por la borda” los impuestos o, lo que es lo mismo, no pagamos los impuestos: somos evasores, nos tiramos piedras a nuestro propio tejado, nos hacemos daño nosotros mismos. Ya no sabremos cómo garantizar hospitales, escuelas, universidades, seguridad y demás cosas por el estilo.

De acuerdo, se puede objetar que cualquiera puede “ir por libre”. Pero, ¿quién puede ir por libre? Solo los ricos, quizás. ¿Y los demás? Aparte que tampoco para todas las cosas que acabamos de enumerar: para algunas no pueden hacerlo, para otras no deben hacerlo.

Si papá y mamá tienen que ir todos los días a su negocio, a la oficina o a la fábrica, si son comerciantes, abogados, empleados o maestros, obreros o empresarios, que tienen que ganar lo necesario para mantener la familia, no pueden, al mismo tiempo, mantener limpias las zonas verdes o controlar el tráfico, o detener a los ladrones, o juzgar en un proceso. No tienen el tiempo para hacerlo, ni siquiera saben hacerlo, en ciertos casos no lo “deben” hacer: solo la policía puede arrestar, solo los jueces pueden juzgar, solo los funcionarios del Municipio pueden entregar los certificados. Por eso son necesarios el guardia municipal, el jardinero municipal, el policía, el juez, el funcionario. Y todo esto depende de los impuestos y requiere que paguemos al gobierno una parte de nuestra riqueza.

Si entras en Internet, en el sitio web www.lebelletasse.com, en la página A clase de “buenos impuestos”, encontrarás un breve vídeo sobre el “Juego de los impuestos” que en 2014 se hizo en Milán, como en San Giorgio di Piano, en el Salón de Actos del Ayuntamiento. Al final, una niña, entrevistada por una periodista sobre el significado del juego en el que acababa de participar, dijo: “Si no existieran los impuestos, no existiría mi ciudad”.

Así pues, a tu pregunta sobre si me gustan los impuestos, respondería: ¡sí! Me gustan porque no sabría cómo hacer sin “mi ciudad”.

Un fuerte abrazo, querido D., y perdóname si me he alargado un poco,

Franco Fichera

Pero, ¿a ti te gustan los impuestos?